

MI INTERVENCIÓN SERÁ CAÓTICA

POR

DIAMELA ELTIT

*Universidad Tecnológica Metropolitana
New York University*

Sé que estamos asediados por el frenesí de una sobreproducción y la sombría sensación de que somos desechables. Sé que la aguda condición neoliberal nos empuja a explotarnos a nosotros mismos en un tiempo despojado de pausas. Sé de la infelicidad, por ejemplo, que oculta el revés del Facebook multitudinario y su robótico y anodino: “me gusta”, parapetado en ese otro mundo, el virtual, pero que transa sus valores en la bolsa mundial más concreta gracias al “me gusta”, “me gusta” repetido hasta el infinito en ese dispositivo rígido y serializado que funciona como un simple espejismo del yo, pero que es mercancía pura y sede para ejercer un tipo específico de vigilancia global.

Pero no se trata de renunciar a Facebook, sino de entender su modelo. No se trata de renunciar a nada en realidad, sino de pensar, como siempre lo han hecho las humanidades, sin ingenuidad alguna, los dispositivos de dominación del mundo en que vivimos. Tampoco quiero imprimir una visión catastrófica, sino más bien me mueve la idea de seguir trabajando los signos impresos en las ficciones que desde su lugar alocado leen, a su manera, los pormenores de los tiempos.

Efectivamente hoy, en este tiempo globalizado aunque manejado por la línea férrea e intransigente del Fondo Monetario Internacional, el mundo *selfie* ha implantado su poderosa huella al punto de convencernos de que lo que entendemos por “yo” puede ser comprensible y transparente, pero en ese *selfie* primario, y en muchos casos banal, radica el puntal en el que se funda el neoliberalismo (frente al nosotros, a la comunidad organizada, a la ficción literaria); un *selfie* manipulado como verdad ilusoria y alienante para permanecer. Sin embargo, ya lo sabemos, lo que entendemos por “yo” es una zona siempre móvil que carece de univocidad o para decirlo en palabras del poeta Rimbaud: yo es un otro.

Mi interés se ha centrado desde hace décadas en la literatura y, de manera primordial, en la ficción como práctica y como desafío. Pienso en la letra en cuanto espacio privilegiado por donde fluyen los sentidos. Comprendo y celebro la condición de la escritura literaria como portadora de diferentes vías de abordaje, sin embargo, en

mi caso particular, me han interesado esas zonas marcadas por un cierto nomadismo y menos apegadas a las pedagogías, a los protocolos del mercado y al autor como espectáculo. Ya he señalado que me apasionan los dilemas que plantea la palabra escrita y me moviliza la pulsión por generar una literatura —es un decir— “okupa”, siempre transitoria, ajena, que ponga en evidencia una tensión tanto con el Estado como con el mercado.

Vemos cómo el siglo XXI se erige como una era experimental. Lo arcaico y un futurismo de antemano anacrónico coexisten en un aparente caos que puede provocar la ilusión de diversidad. Las actuales involuciones sucesivas del Estado a favor de la capilaridad del mercado, multiplican las identidades e inoculan subjetividades que cubren y recubren mediante un barroco de cartón piedra, la falsa existencia de un yo singular y autónomo que aparentemente decide. La explosividad de las identidades sexuales ya está completamente bajo control por las poderosas maquinarias rutinarias que no cesan de clasificar como estrategia de apropiación. Clasificaciones y hasta autoclasificaciones alucinantes y que en el caso de la diversidad sexual recuerdan a los estrictos manuales del siglo XVIII para fijar con rigor científico los cuerpos y sus límites y desde allí, normarlos. Desde luego hay zonas, espacios lúcidos, pensamientos insobornables, huecos, fisuras, gestos, deseos que marcan por su intensidad, la intensidad de la dominación. Pero el totalitarismo no cesa y se refugia en las estrategias que genera para así producir, como diría Pierre Bourdieu, un efecto de verdad sostenido por mecanismos dotados de elasticidad porque están manejados de manera flexible por el omnisciente poder central.

Bajo el prisma de una libertad centrada en la veloz abundancia de la hiperproducción, el sistema va capturando los hitos y estilos disidentes para reformularlos o apaciguarlos con una prisa radical para devolverlos al mercado como mercancías y artefactos capturados. En ese sentido, frente a la pregunta crítica acerca de las mujeres como habitantes asimétricas del conjunto del aparato social es común que los pensadores culturales reduzcan o nieguen la subordinación y consideren el factor género ya como inexistente, superado o bien como un problema fantasmal que es resuelto mediante retóricas de la necesidad de implementar equilibrios.

Más aún, las mismas mujeres apresadas en la categoría de su categoría se —es un decir— liberan de su subordinación, ya sea mediante el goce del subordinado o bien mediante la negación de sus condiciones, con el fin de limar cualquier aspereza que las pudiera comprometer en un proceso de tensión con el género dominante y, desde ese lugar, con ellas mismas. La condición humana de las mujeres es compleja y muchas veces paradójica. El sistema y sus tecnologías actúan, como ya lo señalara profusamente Michel Foucault, produciendo automáticamente procesos de autodisciplinamiento para así potenciar los usos del tiempo. Para decirlo de otra manera, lo que pretendo señalar es que las mejores aliadas para sostener la desigualdad son las propias mujeres

ya muy colonizadas por el género –sistema que las oprime y que, sin embargo, ellas resguardan. Exceptuando, desde luego, las múltiples, lúcidas y constantes excepciones de mujeres que establecen rupturas y elaboran una ruta vital y discursiva que interroga a la hegemonía.

Y entre los múltiples dilemas sociales, siempre me ha convocado el cuerpo, particularmente el cuerpo de las mujeres como producción discursiva. Me ha impresionado el discurso del cuerpo por su notable ambigüedad y su estela de indeterminación y me induce a pensarlo como un espacio inasible, cierto e incierto a la vez. Lo que me interesa indicar aquí es que me parece que el cuerpo como constructo discursivo es una zona móvil, siempre en ebullición por la renovación de formas de capturas que provienen de espacios estratégicos por su centralidad, entre ellos, la ley, la religión, la familia, el Estado, el mercado, solo por señalar algunos de los agentes decisivos. En ese sentido, ya sexo y género se han mimetizado y resultan indistinguibles por la incesante proliferación de tecnologías en las que se construye el sujeto.

Se puede asegurar que lo femenino y sus modelos de producción son una ficción sin poética porque a esa ficción se le exige una incesante referencialidad y una decidida inserción en lo real. Hoy, de manera irrefutable, parte importante de lo femenino, aunque continúa bajo la masiva subordinación del Estado, ha aumentado su pertenencia al mercado. El mercado deja caer la fuerza de sus modelos y su penetración usurera sobre los cuerpos sin cuerpos de las mujeres para generar allí los hilos hiperrentables de una batalla interminable para dotarse de un cuerpo delineado de antemano por la imposibilidad. Pero el mercado solo es un agente decisivo, entre otros, que cataliza y actualiza los imperativos fundados en un no cuerpo que permite los excesos múltiples que se le imponen. Así, lo femenino, en cuanto categoría, me parece que funciona como un fantasma activo cuyo rol es diseñar y mantener un cuerpo fuera del cuerpo. Ese otro cuerpo fantasmal –hologramático– suplanta al real –si se puede hablar en esos términos–, pues el real es pura ausencia porque opera de manera solo referencial para ensayar el experimento inacabado de lo femenino. O, para ejercer, como diría Judith Butler, una performática interminable.

El género y su diseño propician el laberinto y a la vez producen su propio Minotauro en el que se desorientan las mujeres y sucumben a la devoración minotáurica por parte del sistema promovido por el otro género –el único– que, como un omnipotente Dios clandestino, nunca las construyó a su imagen y semejanza, sino más bien a su servicio o al servicio de su género lo que, en definitiva, es lo mismo. O quizás habría que decir al servicio del servicio.

Me interesa el cuerpo en calidad de zona, mapa, territorio. He buscado acercarme a esta construcción de manera aleatoria en el entendido de que me parece una geografía social múltiple, enteramente discursiva, en constante movimiento y siempre en vías de modificación. Un cuerpo que transcurre como mano de obra, objeto libidinal, campo de

batalla, zona religiosa, riesgo epidémico, punto de experimentación, botín del mercado, producción de ilegalidad, entre otros experimentos.

Pienso ahora en Marta Brunet como una de las escritoras chilenas más decisivas y lúcidas de nuestra historia literaria. Con una sorprendente precisión, fundada en su particular estética, compleja y fina, a partir del año 1923, pudo establecer sujetos femeninos resistentes y consistentes, sumidos en una atmósfera inmerecida solo por la condición genérica o, desde otro lugar, desde el espacio de la ironía y el juego, su obra mostraba el absurdo de esa condición pactada por unos poderes que, a mi juicio, no han cedido ni un tantito.

Recuerdo ahora, no sé por qué, en este texto que escribo, una reunión a la que asistí el año 2014 donde compartí la mesa con Valeria Flores, la brillante pensadora y poeta argentina. En un momento de ese encuentro se hablaba del cuerpo y sus nuevas composiciones, en lo recambiable mediante las nuevas tecnologías médicas, un cuerpo ya pensando por la novela *Frankenstein* escrita por Mary Shelley y cómo en el XXI fascinaba por su sorprendente actualidad. No pude entonces sino recordar ante la audiencia una anécdota: cuando fui a renovar mi licencia de conducir a la Municipalidad de Ñuñoa, la funcionaria, mientras anotaba mis datos y cumpliendo con sus deberes burocráticos, me preguntó si donaba mis órganos. Le comenté a la audiencia que la pregunta me resultó completamente inesperada, sorprendente, pero, por otra parte, me sentí obligada a decirle que sí, que claro, que por supuesto donaba mis órganos. Recordé, en ese encuentro, que después, mientras me devolvía a mi casa, pensé que era insólito que tuviera una renovada licencia de conducir y a cambio perdiera simbólicamente —es un decir— mis órganos. Pero también señalé que no me habría atrevido a negarme debido a ciertos rasgos de carácter que tengo. Fue entonces cuando intervino Valeria Flores y dijo algo que me pareció realmente importante y reconocí de inmediato que estaba ante un argumento contundente: ella declaró que mientras no tuviera soberanía sobre su útero jamás le donaría un órgano al sistema. Fue radical. Fue clara y, desde luego, completamente pertinente.

Y precisamente en ese orden, en el orden de la cultura, de la biopolítica, de los órganos y sus viajes, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones que me provocó el “caso”, es un decir, de Samantha Lamb, una ciudadana inglesa que hizo noticia en el fugaz escenario mediático luego que el *Daily Mirror* publicara la situación que experimentaba. Su “caso” fue replicado en una sucinta nota por el diario chileno *El Mercurio*, el 01 de febrero del 2014. Samantha generó interés porque le donó uno de sus riñones a su marido Andy. La enfermedad se desencadenó, según decía la propia Samantha, después de un tiempo de matrimonio que ella definía como feliz. Pero la insuficiencia renal y el malestar de su compañero complicó también la atmósfera conyugal y ella decidió donarle su riñón a su esposo y recuperar no solo la salud perdida, sino además la armonía del hogar. Esta historia de la pareja fue recogida en

un documental realizado por la BBC en relación con los trasplantes. Sin embargo, después de la recuperación, Andy le fue infiel y finalmente abandonó la casa. Frente a este fracaso, la aspiración de Samantha era –nada más ni nada menos– que Andy le devolviera su riñón y señalaba cómo, cada vez que veía en su cuerpo la cicatriz causada por el trasplante, resurgía el rencor hacia su exmarido. Por otra parte, ella señaló que estaba de acuerdo con la donación como hecho y ella quería su riñón de vuelta para entregarlo a otra persona.

La situación de la ciudadana inglesa Samantha me parece un escenario posible para pensar las formas de una biopolítica amorosa femenina que acumula en este presente, regido por la tecnología, los ecos más reconocibles de la abnegación y los deberes conyugales de épocas pasadas. Desde luego, este caso pone de manifiesto no solo la circulación de órganos, sino que además su desplazamiento biológico y transgénico a través de cuerpos pautados de manera genérica. De esa manera, por medio de la reubicación de órganos, se prueba la capacidad fisiológica de recibir partes de un cuerpo de otro sexo sin que esa recepción provoque necesariamente rechazo. De esa manera, cuerpos biohombres se recomponen o se renutren de cuerpos biomujeres sin que sus lógicas orgánicas estallen o sus identidades de género se modifiquen.

Resultaría interesante examinar cómo han procesado síquicamente esas nuevas biología mixtas su condición. Habría que indagar en los procesos quirúrgicos que conducen desde el órgano a generar estas biocomposiciones impensables en otros momentos históricos más allá de la revolucionaria transfusión sanguínea. Sin embargo, siguiendo esta lógica de hiperproducción médica en las épocas futuras, podríamos presagiar –sin caer en la ciencia ficción– también nuevas biología reconfiguradas con diversos insumos ya tecnológicos, ya humanos, producidos en laboratorios por diligentes bioingenieros.

La ficción *Frankenstein* escrita por Mary Shelley no ha cesado de adquirir una extrema actualidad una y otra vez, una y otra porque advirtió, entre otros hallazgos, el cuerpo como un extenso tapiz procesado en los laboratorios y cosido por el ensimismado cirujano. Solo que la actualidad biopolítica, advertida por Michel Foucault, renuncia a lo monstruoso para convertir el *collage* humano en un milagro de la ciencia. Entonces, habría que entender que junto con todas las producciones también el sujeto debe considerar la donación y circulación de sus órganos como una producción, en muchos casos, final. Quizás habría que ampliar las nociones de medios y modos de producción pensados por Carlos Marx y extenderlas hasta la ingeniería médico-industrial que contempla los órganos como valiosos objetos circulantes –tal como la riqueza– por las superficies sociales.

Como parte del amor –digamos– biopolítico, Samantha, la ciudadana inglesa, le donó su riñón a su esposo para ratificar, con la mediación del quirófano, el vaciamiento y la donación de sí, ya no metafórica sino material de parte de su cuerpo. Al parecer lo

hizo motivada por su nexo conyugal pensado —es un decir— para toda la vida. Dicho de otra manera, ella no le donó su órgano a Andy, asediado por la enfermedad, sino a su esposo, se lo donó en realidad a un vínculo con el que compartía su vida. O, dicho de otra manera, se lo donó a sí misma en él, como comunidad no solo afectiva sino especialmente orgánica. Resulta elocuente que ella, Samantha, no quisiera el riñón de vuelta para sí misma sino para donarlo a otro enfermo.

Esta donación entonces no está en el marco de la solidaridad sino en la plenitud del discurso amoroso femenino sin cuerpo —digamos— real y la pareja como centro ordenador de su mundo. Más aún, no fue Andy el destinatario simbólico del riñón, sino ella misma en el uno que conformaban ambos y que permitía compartir no solo habitación común sino incluso los órganos. En ese sentido, la donación, en principio, está en el marco del discurso tradicional y hasta cierto punto muy transitado en el pasado de una —es un decir— entrega total femenina sin condiciones. No obstante, la infidelidad y el abandono del hogar por parte del esposo, llevándose junto con el equipo de música y la TV también su riñón, como ella lo señaló en su denuncia, marcó un punto de inflexión. Samantha entonces hizo la petición pública de la devolución de su riñón y puso el órgano como un bien compartido, tal como la TV o el equipo de música. Este caso, que entre los bienes se contabilizan órganos como el riñón, podría —es una simple conjetura— alterar el sistema jurídico de la repartición patrimonial si hay órganos que transitan de uno a otro de los cónyuges.

Pero, más allá o más acá de la radicalidad de esta situación, su iniciática protesta pública emana de una mujer que de una u otra manera está atravesada por una dinámica amorosa femenina signada mayoritariamente por la entrega incondicional y el despecho ante el abandono. Solo que esta vez las cicatrices de sus heridas son muy literales y elocuentes y su entrega abarca los nuevos estadios del cuerpo signados por una industria que rehace los límites y obliga a establecer nuevos presupuestos filosóficos, después de que —como asegurara Nietzsche— Dios ya ha muerto.

El caso Samantha abre, sin lugar a dudas, una serie de matices y vías analíticas en las que se inscriben los signos actuales. Pero, desde otra perspectiva, su estructura permanece inalterable porque habla de un siquismo que antecede la actualidad de las técnicas y de las tecnologías. Es ese siquismo-género, colonizado por una confusa noción de sí, el que marca la derrota de la mujer en las regiones más preciadas de la trayectoria de su vida. Resulta significativo el alto grado de exposición al riesgo y a la destrucción y hasta se podría suponer la inoculación de un placer enmascarado por transitar el riesgo y la destrucción que el siquismo femenino porta. Ese siquismo externo a sí y, sin embargo, propio y recurrente donde ya no se podría pensar en un ser para la muerte, como señalaba Heidegger, sino en el caso de las mujeres un no ser para los otros como un mero dispositivo humano-orgánico cuya pauta cultural está marcada siempre por la línea letal del menos frente al otro.

Samantha entregó su riñón como tributo. Su órgano compatible circuló de manera romántica y de manera abnegada. Pero cuando el riñón se fundió al otro cuerpo, se rompió el hechizo pues, al revés de la bella durmiente, despertó ya no con el beso salvador, sino más bien con la cicatriz de la herida de una terrible confusión que con seguridad no cesará nunca de latir o de ladrar en ella.

OBRAS CITADAS

- “Mujer le da su riñón a marido pero él la abandona: hoy ella quiere su órgano de vuelta”. *EMOL*, 31 enero 2014. <www.emol.com>.
- “I Donated a Kidney to my Husband then He Dumped Me –Now I Want it Back.” *Mirror*, 26 Jan. 2014. <www.mirror.co.uk>.

